

tren de la nieve alpina y se alejen de la cadena del Apenino, que sean, como del Ebro diría Pereda, renegados del Cantábrico, que pagan a quien nada deben; que más dilatados y misteriosos, descubran, al cabo de nutrir la civilización durante siglos, su cuna ardiente y ecuatorial, templada y sostenida por el mensaje incesante de los fríos antárticos. Ahí precisamente, en el país de los contrastes, amplio como un Imperio y estrecho como un valle, donde la fertilidad perenne se junta al reposo del desierto que no conoció la vida; con civilización de urbes cosmopolitas y atraso de aduares africanos; con ciego frenesí de independencia, excitada por la emancipación imposible; con cultura exótica de nuestros días y orgullo nacional de haber medido la infancia del progreso humano; allí en el suelo de las monarquías milenarias y de las dinastías seculares, surge el más curioso fenómeno por la obra del Rey de ayer, en torno a la Constitución aún no afirmada. Recibió ésta el pueblo egipcio con el entusiasmo de una conquista plena, otórgala el Rey Fuad como la donación por él interpretable y revocable de su Poder promulgador. Surgió el primer conflicto entre Parlamento y Corona, avivado, complicado o engendrado por el anhelo de independencia total en pugna con intereses vitales del